

HOMILÍA Iº DOMINGO DE ADVIENTO - 2016

CICLO “A”

VIGILAD, ORAD Y ESPERAD

I.- LAS LECTURAS

*** Profeta Isaías 2,1-5:** El Señor reúne a todas las naciones de la tierra en la paz eterna del Reino de Dios. Caminemos a la luz del Señor. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra.

*** Salmo Responsorial 121.** Vamos alegres a la casa del Señor. La casa del Señor es casa de oración, y en ella hemos de escuchar la Palabra de Dios, orar, participar en la Eucaristía y prestar atención al clamor de los pobres y al grito de los sufrientes.

*** Carta de San Pablo a los Romanos 13,11-14.** Es hora de despertarnos del sueño del pecado porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. Vestíos del Señor Jesucristo, que es el Hombre Nuevo.

*** Evangelio según San Mateo 24,37-44.** Estad vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre. Oremos con las palabras del salmo: “Mi alma tiene sed de Dios, ¿cuándo llegaré a ver el rostro de Dios?”. Acuérdate de nosotros en tu Reino del cielo.

.....

UNAS REFLEXIONES SOBRE EL ADVIENTO

1.- ¿Qué es el Adviento?

La palabra “adviento” significa venida. Adviento es el tiempo litúrgico que nos invita a prepararnos con gozo y esperanza para la venida del Señor que viene a nosotros. Digámosle: “quédate con nosotros, Señor, la mesa está servida, caliente el pan, envejecido el vino”. ¡No pases de largo de nosotros, aunque nos veas necesitados, pobres...! En Ti confiamos y esperamos. No nos dejes solos en los caminos del mundo. Acuérdate de que tu misericordia es eterna.

“Adviento significa presencia de Dios ya comenzada, pero también sólo comenzada. Esto implica que el cristiano no mira solamente a lo que ya ha sido y ya ha pasado, sino también a lo que está por venir. En medio de todas las desgracias del mundo tiene la certeza de que la simiente de luz sigue creciendo oculta, hasta que un día el bien triunfará definitivamente y todo le estará sometido: el día que Cristo vuelva. Sabe que la presencia de Dios, que acaba de comenzar, será un día presencia total. Y esta certeza le hace libre, le presta un apoyo definitivo...” (Benedicto XVI).

2.- La triple venida de Jesucristo

La venida de Jesucristo al mundo se realiza en un triple plan:

En el pasado: Jesucristo vino. Es la venida histórica de Jesucristo a Palestina: nació en Belén. Jesucristo vino hace muchos siglos. Recordemos con alegría y gratitud las palabras de San Juan que nos dice: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios...Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn.1,1.14) . El Adviento es un tiempo muy rico en la vida de la Iglesia que nos ayuda a comprender el amor de Dios que se decide a entrar en la historia humana de un modo tan humilde y misterioso, que nos sobrecoge. Con la ayuda de la gracia divina preparémonos para celebrar el nacimiento de Jesucristo en Belén. ¡Gracias, Señor, por haber venido a nosotros! ¡Eres el Emmanuel, el Dios-con-nosotros! ¡Gracias Stma. Virgen María!

En el presente: Jesucristo viene hoy. Es la venida sacramental de Jesucristo hoy. Jesucristo está viniendo hoy y aquí a nosotros. Recordemos con alegría las palabras de Jesús: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn.14,23).

Mediante el don de su palabra y de la eucaristía, Cristo se acerca a nosotros. Acojámoslo con sincera fe y con profundo amor. Jesús es el Mesías, el Redentor y Salvador del hombre entero. Jesús luchará contra todo el mal y lo vencerá no por la violencia, sino por el camino del amor: “habiendo amado a los suyos que estaba en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn.13,1). Jesús dio su vida por todos: nos amó hasta dar su vida por todos (cf. Gál.2,20).

Jesucristo viene a nosotros en los pobres y necesitados. No les demos la espalda ni nos mostremos indiferentes ante ellos. Acerquémonos a Jesús con fe y amor. Nuestra salvación pasa por el encuentro personal con Cristo.

En el futuro: Jesucristo vendrá. Es la venida gloriosa de Jesucristo al fin del mundo. Con la Iglesia confesamos que “Jesucristo está sentado a la derecha del Padre; desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin”.

El Adviento llama nuestra atención sobre la venida de Cristo al final de los tiempos, cuando vendrá a juzgar a vivos y muertos. Este mismo Cristo que nace de María Virgen en Belén y que viene a nosotros todos los días, vendrá al final de los tiempos en la majestad de su gloria para juzgarnos según nuestras: “Tuve hambre y me distes de comer; tuve sed y me diste de beber...” (Mat.25). No nos equivoquemos.

Este primer domingo de Adviento nos llama a prepararnos, a vivir en conformidad con los mandamientos de Dios, con las bienaventuranzas de Jesús, con el mandamiento nuevo del amor...Estemos atentos y vigilantes porque no sabemos el día, ni la hora de la llegada del Señor.

Digamos al Señor con fe y amor: ¡Ven y no tardes. Te estamos esperando porque te amamos!

3.- Los grandes testigos del Adviento

Los grandes testigos del Adviento son el profeta Isaías, Juan el Bautista y la Stma. Virgen María.

Isaías anuncia cómo será el Mesías que vendrá: “El Señor mismo va a daros una señal: he aquí que la doncella ha concebido y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is.6,14). Isaías nos invita a despertar de nuestro sueño: olvido de Dios, indiferencia ante la Palabra de Dios, egoísmos, frivolidades.... Nos llama a ser personas de esperanza.

Juan el Bautista señala quién es el Mesías, que ya ha venido: “Yo os bautizo con agua para vuestra conversión; pero aquel que viene detrás de

mí es más fuerte que yo, y no merezco llevarle las sandalias. Él os bautizará con el Espíritu Santo y en el Fuego” (Mt.3,11).

María es la figura central del Adviento.

-En ella culmina la espera de Israel: “ella esperó a su Hijo con inefable amor de Madre”. Ella es la Madre del Verbo Encarnado. “El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyera a la vida” (LG 56).

-María es la más fiel acogedora de la Palabra hecha carne: la recibe en su corazón por la fe y en su seno por obra y gracia del Espíritu Santo. Ella hizo posible la primera navidad. María responde así a la llamada de Dios: “He aquí la esclava del Señor hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38).

- María, por su fidelidad, es tipo y madre de la Iglesia.

4.- Actitudes en el Adviento

¿Cómo debemos vivir los cristianos el Adviento?

* **La espera.** El mundo necesita de Dios. La humanidad está desencantada y desamparada. Las aspiraciones modernas de paz y de dicha, de unidad y de comunidad, son terreno preparado para la Buena Noticia de la venida del Señor. El Adviento nos ayuda a comprender mejor el corazón del hombre y su tendencia insaciable de felicidad.

* **La conversión.** «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale. Y todos verán la salvación de Dios ... » (Is 40,3-5). No nos mostremos indiferentes ante la llamada a la conversión que nos hace el Señor. Iniciemos un camino de conversión del corazón hacia el Padre de las misericordias. Despojémonos del pecado. Caminemos en la luz y no en las tinieblas del pecado. Vivamos en gracia. El adviento nos posibilita un camino de reflexión y de auto-reconocimiento que nos lleva encuentro con el Niño Jesús de Belén. Los limpios de corazón verán a Dios.

* **La evangelización.** El tiempo litúrgico del Adviento nos pide que seamos una Iglesia que salga a las plazas, caminos, periferias...a anunciar a todos a Jesucristo. Hagámonos presentes en los ámbitos de la cultura, de la

vida, de la política, de la economía, de la marginación y de la exclusión...para ser testigos de Dios que quiere que la humanidad sea una gran familia de hijos de Dios en el Hijo Jesucristo, de hermanos en el Hermano Universal Jesucristo, de servidores en el Servidor por excelencia que es Jesucristo.

*** Gozo y alegría.** La venida del Mesías constituye el anuncio del gran gozo para el pueblo. Con palabras hermosas nos dice San Pablo: “Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia” (Tit.3,4-5). En el cielo hay una gran alegría cuando un pecador se convierte.

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Recuerdo vivo y agradecido

“En el principio existía la Palabra y la palabra estaba con Dios y la palabra era Dios (...) Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros y hemos visto su gloria” (Jn.1,1.14).

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gál.4,4).

Sobrecogidos ante el contenido de estos textos bíblicos, os invito a todos a dar gracias a Dios que, en su misericordia infinita, nos ha enviado a su Hijo: “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn.3,16).

Volvamos una vez más nuestra mente, nuestro corazón y nuestra mirada a la gruta de Belén y contemplemos al Niño Jesús con la Stma. Virgen María, su Madre, y con San José, su padre legal. Estamos ante el misterio de la Encarnación del Verbo. Este momento capital de la historia pertenece a Dios; pero Dios asocia libremente a este misterio a una mujer. María entra así en la historia de la salvación. Gracias a la Virgen María, Cristo es uno de nosotros, de nuestra carne, de nuestra humanidad: en todo igual a nosotros menos en el pecado (cf. Heb.2,17; 4,15).

María y José han aceptado la irrupción imprevista y gratuita de Dios y de su designio en sus personas, en sus vidas, en sus proyectos. Representando al pueblo judío, ellos imitaron la fe de Abraham, Padre de los creyentes, llevándola a su más alto grado de perfección. Acogiendo en la fe la promesa del nacimiento peculiar del Mesías, ellos esperaron con confianza. Juntos, se confortan mutuamente y siguen paso a paso los acontecimientos mirando únicamente hacia el Niño y aceptando a causa de él y por amor a él, alegrías y gozos, penas y sufrimientos, decisiones y responsabilidades....

2.- Salgamos al encuentro del Señor que viene a nosotros

No pocas veces escuchamos y vemos que el hombre y la mujer de hoy ponen su esperanza en el dinero, en el poder, en la fama...De este modo convierten estas cosas en ídolos ante los cuales se inclinan olvidando que estos ídolos ni salvan ni liberan, sino que esclavizan y empobrecen...

El Adviento nos recuerda que el Señor, por amor, viene a nosotros ahora a redimirnos del pecado y de la muerte y a darnos el gran don de la filiación adoptiva realizando así el eterno e inmenso designio de Dios: “desde toda la eternidad, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha elegido en Jesucristo su Hijo antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo” (Ef.1,4-5).

El Señor viene a nosotros en su Palabra, en el misterio de la Eucaristía y en los sacramentos, en los pobres y en los enfermos, en la comunidad de quienes están reunidos en su nombre... ¡Acojámoslo!

3.- El Señor vendrá al final de los tiempos.

El tiempo litúrgico de Adviento pone de relieve ante nosotros la segunda venida de Jesucristo al final de los tiempos, cuando vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos. El mismo Cristo que nace de María Virgen en la pequeñez y pobreza, vendrá al final de los tiempos en la majestad de su gloria para juzgarnos según nuestras obras.

En este día en el que el Santo Padre Francisco ha clausurado el Año Jubilar de la misericordia te decimos una vez más: ¡Señor, ten piedad y misericordia de todos! ¿No te olvides de que tu misericordia es eterna!”

Este primer domingo de Adviento subraya, sobre todo, la preparación de la segunda venida y nos invita a estar alerta y a vigilar, porque no sabemos el día, ni la hora de la llegada del Señor.

Este primer domingo de Adviento nos invita y nos llama a ser personas de esperanza. Hemos de estar siempre preparados y dispuestos a “**dar razón de nuestra esperanza a quien os la pidiera**” (IPedr. 3,15) y también de nuestra fe.

4.- La esperanza en el cielo no merma el compromiso humano en favor de las nobles causas de la humanidad

4.1.- No demos la espalda a los que sufren

No demos la espalda a los que sufren ahora mismo en el mundo ni a los que piden nuestra ayuda. Salgamos a las periferias donde tantos hermanos nuestros sufren a causa del hambre, de la violencia, de la exclusión. Escuchemos el clamor de los que sufren acogiéndolos, curando sus heridas y ayudándolos en su liberación integral.

Un día el Señor nos preguntará por los hambrientos, los emigrantes, los encarcelados, los sedientos...Y nosotros preguntaremos al

Señor: ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, extranjero o desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?

El Señor nos dirá: “cuando lo hicisteis con uno de mis hermanos más pobres, pequeños...conmigo lo hicisteis”.

No caigamos en la globalización de la indiferencia ante el sufrimiento de tantos hermanos y hermanas nuestros...Miremos más allá de nuestros intereses y preocupaciones.

La esperanza del cristiano no es una actitud ciega ni indiferente ante los que sufren ya que no ha de olvidarlos nunca.

La espiritualidad cristiana no es solo una mirada hacia nuestro corazón despreocupándonos de los que padecen y sufren.

No abandonemos a su suerte a los hambrientos, sedientos, emigrantes, refugiados...

Nuestra esperanza en Dios no debe olvidar a los que viven en esta tierra sin esperar nada. Buscar la propia salvación eterna de espaldas a los que sufren y lloran, puede ser acusada en el fondo de egoísmo. El Papa Francisco no se cansa de recordarnos a los cristianos de países desarrollados su sueño: “una Iglesia pobre y de los pobres”.

4.2.- La esperanza en el Reino de los cielos no merma nuestro compromiso histórico.

El Concilio Vaticano II nos ofrece una enseñanza hermosa en torno a este tema. Os la presento aquí, invitándoos a meditarla y hacerla realidad en la vida y en la historia.

* “La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (GS 21).

* “La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo” (GS 39).

* “Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu Santo y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre “el reino eterno y universal; reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz” (GS 39).

* “El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS 39).

Unas preguntas para nuestra reflexión

*¿Qué nos dice la llamada del Señor a ser personas de esperanza?

*¿Qué significa para los cristianos esperar en Dios?

*¿Perdemos la esperanza en una última justicia de Dios para tantos seres humanos que son víctimas inocentes y que sufren sin culpa alguna?

“Que el empeño de caminar en la fe y de comportarnos de manera coherente con el Evangelio nos acompañe en este tiempo de Adviento, para vivir de modo auténtico la conmemoración del Nacimiento del Señor” (Papa Francisco).

Terminamos. Unidos en el Señor.
Cáceres, 28 de noviembre de 2016

Florentino Muñoz Muñoz

MAGISTERIO DEL PAPA FRANCISCO

**1.- Homilía en el CONSISTORIO ORDINARIO PÚBLICO
PARA LA CREACIÓN DE NUEVOS CARDENALES**

**2.- DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS MIEMBROS DEL CONSEJO DE
REPRESENTANTE "Caritas Internationalis"**

**3.- DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS PARTICIPANTES EN UNA CONFERENCIA
DE LA UNIÓN INTERNACIONAL DE
EMPRESARIOS CATÓLICOS (UNIAPAC)**

**4.- SANTA MISA DE CLAUSURA DEL
JUBILEO DE LA MISERICORDIA**

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo,**

**Rey del Universo
Domingo 20 de noviembre de 2016**

CONSISTORIO ORDINARIO PÚBLICO PARA LA CREACIÓN DE NUEVOS CARDENALES

CAPILLA PAPAL

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

*Basílica Vaticana
Sábado 19 de noviembre de 2016*

Al texto del Evangelio que terminamos de escuchar (cf. *Lc* 6,27-36), muchos lo han llamado «el Sermón de la llanura». Después de la institución de los doce, Jesús bajó con sus discípulos a donde una muchedumbre lo esperaba para escucharlo y hacerse sanar. El llamado de los apóstoles va acompañado de este «ponerse en marcha» hacia la llanura, hacia el encuentro de una muchedumbre que, como dice el texto del Evangelio, estaba «atormentada» (cf. v. 18). **La elección, en vez de mantenerlos en lo alto del monte, en su cumbre, los lleva al corazón de la multitud, los pone en medio de sus tormentos, en el llano de sus vidas.** De esta forma, el Señor les y nos revela que la verdadera cúspide se realiza en la llanura, y la llanura nos recuerda que la cúspide se encuentra en una mirada y especialmente en una llamada: «Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso» (v. 36).

Una invitación acompañada de cuatro imperativos, podríamos decir de cuatro exhortaciones que el Señor les hace para plasmar su vocación en lo concreto, en lo cotidiano de la vida. Son cuatro acciones que darán forma, darán carne y harán tangible el camino del discípulo. Podríamos decir que son cuatro etapas de la mistagogia de la misericordia: *amen, hagan el bien, bendigan y rueguen*. Creo que en estos aspectos todos podemos coincidir y hasta nos resultan razonables. Son cuatro acciones que fácilmente realizamos con nuestros amigos, con las personas más o menos cercanas, cercanas en el afecto, en la idiosincrasia, en las costumbres.

El problema surge cuando Jesús nos presenta *los destinatarios de estas acciones*, y en esto es muy claro, no anda con vueltas ni eufemismos: Amen *a sus enemigos*, hagan el bien *a los que los odian*, bendigan *a los que los maldicen*, rueguen por *los que los difaman* (cf. vv. 27-28).

Y estas no son acciones que surgen espontáneas con quien está delante de nosotros como un adversario, como un enemigo. Frente a ellos, nuestra actitud primera e instintiva es descalificarlos, desautorizarlos, maldecirlos; buscamos en muchos casos «demonizarlos», a fin de tener una «santa» justificación para sacarnoslos de encima. En cambio, Jesús nos dice que al enemigo, al que te odia, al que te maldice o difama: ámallo, hazle el bien, bendícelo y ruega por él.

Nos encontramos frente a una de las características más propias del mensaje de Jesús, allí donde esconde su fuerza y su secreto; allí radica la fuente de nuestra alegría, la potencia de nuestro andar y el anuncio de la buena nueva. El enemigo es alguien a quien debo amar. En el corazón de Dios no hay enemigos, Dios tiene hijos. Nosotros levantamos muros, construimos barreras y clasificamos a las personas. Dios tiene hijos y no precisamente para sacárselos de encima. El amor de Dios tiene sabor a fidelidad con las personas, porque es amor de entrañas, un amor maternal/paternal que no las deja abandonadas, incluso cuando se hayan equivocado. Nuestro Padre no espera a amar al mundo cuando seamos buenos, no espera a amarnos cuando seamos

menos injustos o perfectos; nos ama porque eligió amarnos, nos ama porque nos ha dado el estatuto de hijos. Nos ha amado incluso cuando éramos enemigos suyos (cf. *Rm* 5,10). El amor incondicionado del Padre para con todos ha sido, y es, verdadera exigencia de conversión para nuestro pobre corazón que tiende a juzgar, dividir, oponer y condenar. Saber que Dios sigue amando incluso a quien lo rechaza es una fuente ilimitada de confianza y estímulo para la misión. Ninguna mano sucia puede impedir que Dios ponga en esa mano la Vida que quiere regalarnos.

La nuestra es una época caracterizada por fuertes cuestionamientos e interrogantes a escala mundial. Nos toca transitar un tiempo donde resurgen epidémicamente, en nuestras sociedades, la polarización y la exclusión como única forma posible de resolver los conflictos. Vemos, por ejemplo, cómo rápidamente el que está a nuestro lado ya no sólo posee el estado de desconocido o inmigrante o refugiado, sino que se convierte en una amenaza; posee el estado de enemigo. Enemigo por venir de una tierra lejana o por tener otras costumbres. Enemigo por su color de piel, por su idioma o su condición social, enemigo por pensar diferente e inclusive por tener otra fe. Enemigo por... Y sin darnos cuenta esta lógica se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Entonces, todo y todos comienzan a tener sabor de enemistad. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia. Cuántas heridas crecen por esta epidemia de enemistad y de violencia, que se sella en la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de esta patología de la indiferencia. Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento se siembran por este crecimiento de enemistad entre los pueblos, entre nosotros. Sí, entre nosotros, dentro de nuestras comunidades, de nuestros presbiterios, de nuestros encuentros. El virus de la polarización y la enemistad se nos cuela en nuestras formas de pensar, de sentir y de actuar. No somos inmunes a esto y tenemos que velar para que esta actitud no cope nuestro corazón, porque iría contra la riqueza y la universalidad de la Iglesia que podemos palpar en este Colegio Cardenalicio. Venimos de tierras lejanas, tenemos diferentes costumbres, color de piel, idiomas y condición social; pensamos distinto e incluso celebramos la fe con ritos diversos. Y nada de esto nos hace enemigos, al contrario, es una de nuestras mayores riquezas.

Queridos hermanos, Jesús no deja de «bajar del monte», no deja de querer insertarnos en la encrucijada de nuestra historia para anunciar el Evangelio de la Misericordia. Jesús nos sigue llamando y enviando al «llano» de nuestros pueblos, nos sigue invitando a gastar nuestras vidas levantando la esperanza de nuestra gente, siendo signos de reconciliación. Como Iglesia, seguimos siendo invitados a abrir nuestros ojos para mirar las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad, privados en su dignidad.

Querido hermano neo Cardenal, el camino al cielo comienza en el llano, en la cotidianeidad de la vida partida y compartida, de una vida gastada y entregada. En la entrega silenciosa y cotidiana de lo que somos. Nuestra cumbre es esta *calidad* del amor; nuestra meta y deseo es buscar en la llanura de la vida, junto al Pueblo de Dios, transformarnos en personas capaces de perdón y reconciliación.

Querido hermano, hoy se te pide cuidar en tu corazón y en el de la Iglesia esta invitación a ser misericordioso como el Padre, sabiendo que «si hay algo que debe inquietarnos santamente y preocupar nuestras conciencias es que tantos hermanos vivan sin la fuerza, sin la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido que dé vida» (Exhort. ap. *Evangelii Gaudium*, 49).

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL CONSEJO DE REPRESENTANTE "Caritas Internationalis"

*Sala Clementina
Jueves, 17 de noviembre 2016*

Queridos hermanos y hermanas ,

Saludo cordialmente a todos vosotros, miembros del Consejo de Representante y el personal de *Caritas Internationalis* . Me complace darle la bienvenida al final de su reunión de empresa y para satisfacer, a través de usted, toda la familia de la *Caritas nacional* y cuántos en sus respectivos países se han comprometido a la caridad de la Iglesia. Agradezco al cardenal Antonio Tagle, su Presidente, por las palabras con las que ha introducido este encuentro.

La Iglesia "existe para evangelizar", pero la evangelización requiere para adaptarse a diferentes situaciones, teniendo en cuenta la vida familiar y social, así como de la vida internacional, con especial atención a la paz, la justicia, el desarrollo (cf. *Evangelii nuntiandi*, 29). Todos ' apertura del Sínodo sobre la Nueva Evangelización Papa Benedicto XVI ha recordado que los dos pilares de la evangelización "Confessio et Caritas"; y yo mismo he dedicado un capítulo de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* la dimensión social de la evangelización, reafirmando la opción preferencial de la Iglesia por los pobres. Para ello estamos llamados a actuar contra la exclusión social de los más débiles y trabajar para su integración. Nuestras sociedades, de hecho, a menudo son dominados por la cultura "brecha"; que necesitan para superar la indiferencia y el repliegue sobre sí mismos para aprender el arte de la solidaridad. Ya que "los que somos fuertes - dice St. Paul - tenemos el deber de llevar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos" (*Romanos* 15: 1).

Esto nos da a entender la importancia de la misión de las distintas *Cáritas* nacional y su papel específico en la Iglesia. De hecho, no son organismos sociales, pero las organizaciones eclesiales que comparten la misión de la Iglesia. Como está escrito en sus Estatutos, que están llamados a "ayudar al Papa y los obispos en su ministerio de la caridad" (artículo 1.4). emergencias sociales actuales requieren que se pone en el campo como San Juan Pablo II había llamado una "nueva imaginación de la caridad" (*Novo ineunte milenio* , 50): hace que el hormigón no sólo en la eficacia de las ayudas, pero sobre todo en la capacidad estar al lado, acompañando con actitud fraternal de compartir los más desfavorecidos. Es brille la caridad y la justicia en el mundo a la luz del Evangelio y de la Iglesia, que involucra a los mismos pobres que se conviertan en protagonistas de su propio desarrollo.

Gracias tanto, en nombre de toda la Iglesia, por lo que hace a la última. Os animo a continuar en esta misión, que es escuchar a la Iglesia verdadera compañera de viaje, más cerca del corazón y de las esperanzas de los hombres y mujeres de este mundo. Seguir llevando el mensaje del Evangelio de la alegría en todo el mundo, especialmente a aquellos que se quedan atrás, sino también a aquellos que tienen el poder de cambiar las cosas, porque se puede cambiar. La pobreza, el hambre, la enfermedad, la opresión no son inevitables y no pueden darse situaciones permanentes. Confiando en la fuerza del Evangelio, que realmente podemos ayudar a cambiar las cosas o al menos para mejorarlos. Reafirmamos la dignidad de aquellos

que están a la espera de una señal de nuestro amor y de proteger y construir juntos "nuestra casa común."

Yo invito a tener más y profética valor, a rechazar todo lo que humilla al hombre, y todas las formas de explotación que le degrada. Continuar para poner esos pequeños y grandes muestras de hospitalidad y solidaridad, que tienen la capacidad de iluminar la vida de los niños y los ancianos, los migrantes y refugiados en busca de la paz. Estoy muy feliz de saber que *Cáritas Internacional* llevará adelante una campaña sobre el tema de la migración. Espero que esta buena iniciativa para abrir los corazones de muchos acogida de los refugiados y los migrantes, para que realmente puedan sentirse "en casa" en nuestras comunidades. Ya sea que su apoyo a la atención, con un compromiso renovado, los procesos de desarrollo y los caminos de la paz en los países de los que estos hermanos y hermanas escapar o huir en busca de un futuro mejor.

Ser artesanos de la paz y la reconciliación entre los pueblos, entre comunidades, entre los creyentes. Pon en el campo toda su energía, su compromiso, para trabajar en sinergia con las otras comunidades de fe que, como tú, ponen a la dignidad de la persona en el centro de su atención. Lucha contra la pobreza y, al mismo tiempo, aprender de los pobres. Ser inspirado y guiado por su simple y esencial la vida, sus valores, su sentido de la solidaridad y de reparto, por su capacidad de recuperarse de las dificultades, y sobre todo en su experiencia vivida de los sufrimientos de Cristo, que Él es el único Señor y Salvador. Aprender, por lo tanto, también su vida de oración y la confianza en Dios.

Espero que con el apoyo y el cuidado pastoral de los Obispos, que puede ser visto cada vez más una generosa de la caridad, ayudar a la comunidad de los creyentes a ser un lugar de anuncio del Evangelio, la celebración de la Eucaristía y el mal servicio en la alegría.

Invocando la intercesión de María, nuestra Madre del cielo, y mientras les pido que oren por mí, con mucho gusto imploro la bendición de Dios sobre ti, sobre los que se apoyan en su trabajo.

**DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS PARTICIPANTES EN UNA CONFERENCIA
DE LA UNIÓN INTERNACIONAL DE EMPRESARIOS CATÓLICOS
(UNIAPAC)**

*Sala Regia
Jueves 17 de noviembre de 2016*

*Señor Cardenal,
Señor Presidente de UNIAPAC,
Queridos amigos:*

Han venido a Roma —al Vaticano— respondiendo a la invitación del Cardenal Peter Turkson y de las autoridades de la Unión internacional de empresarios católicos, con el noble propósito de reflexionar sobre el papel de los empresarios como agentes de inclusión económica y social. Quiero asegurarles desde este momento mi aliento y mi oración para este trabajo. La Providencia de Dios ha querido que este encuentro de UNIAPAC coincida con la conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Todas las actividades humanas, también la empresarial, pueden ser un ejercicio de la misericordia, que es participación en el amor de Dios por los hombres.

La actividad empresarial asume constantemente multitud de riesgos. Jesús, en las parábolas del tesoro escondido en un campo (cf. *Mt* 13,44) y de la perla preciosa (cf. *Mt* 13,45), compara la obtención del Reino de los Cielos con el riesgo empresarial. Deseo reflexionar hoy con ustedes sobre tres riesgos: el riesgo de usar bien el dinero, el riesgo de la honestidad y el riesgo de la fraternidad.

En primer lugar, el riesgo del uso del dinero. Hablar de empresas nos pone inmediatamente en relación con uno de los temas más difíciles de la percepción moral: el dinero. He dicho varias veces que «el dinero es el estiércol del diablo», repitiendo lo que decían los Santos Padres. Además, León XIII, quien inició la doctrina social de la Iglesia, advertía que la historia del siglo XIX había dividido a las «naciones en dos clases de ciudadanos, abriendo un inmenso abismo entre una y otra» (Carta enc. *Rerum novarum*, 35). 40 años después, Pío XI preveía el crecimiento de un «imperialismo internacional del dinero» (Carta enc. *Quadragesimo anno*, 109). Pasados otros 40 años, Pablo VI, refiriéndose a la *Rerum novarum*, denunciaba que la concentración excesiva de los medios y de los poderes «puede conducir a una nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político» (Carta ap. *Octogesima adveniens*, 44).

Jesús, en la parábola del administrador injusto, exhorta a hacerse de amigos con las riquezas de iniquidad, para poder ser recibidos en las moradas eternas (cf. *Lc* 16, 9-15). Todos los Padres de la Iglesia han interpretado estas palabras en el sentido de que las riquezas son buenas cuando se ponen al servicio del prójimo, de lo contrario son inicuas (cf. *Catena Aurea*: Evangelio según san Lucas, 16, 8-13). Por tanto, el dinero debe servir, en vez de gobernar. Es un principio clave: el dinero debe servir en vez de gobernar. Es El dinero es sólo un instrumento técnico de intermediación, de comparación de valores y derechos, de cumplimiento de las obligaciones y de ahorro. Como toda técnica, el dinero no tiene un valor neutro, sino que adquiere valor según la finalidad y las circunstancias en que se usa. Cuando se afirma la neutralidad del dinero, se está cayendo en su poder. Las empresas no deben existir para ganar dinero, aunque el dinero sirva para medir su funcionamiento. Las empresas existen para servir.

Por eso, es urgente recuperar el sentido social de la actividad financiera y bancaria, con la mejor inteligencia e inventiva de los empresarios. Esto supone asumir el riesgo de complicarse la vida,

teniendo que renunciar a ciertas ganancias económicas. El crédito debe ser accesible para la vivienda de las familias, para las pequeñas y medianas empresas, para los campesinos, para las actividades educativas, especialmente a nivel primario, para la sanidad general, para el mejoramiento y la integración de los núcleos urbanos más pobres. Una lógica crematística del mercado hace que el crédito sea más accesible y más barato para quien posee más recursos; y más caro y difícil para quien tiene menos, hasta el punto de dejar las franjas más pobres de la población en manos de usureros sin escrúpulos. De igual modo, a nivel internacional, el financiamiento de los países más pobres se convierte fácilmente en una actividad usurera. Este es uno de los grandes desafíos para el sector empresarial y para los economistas en general, que está llamado a conseguir un flujo estable y suficiente de crédito que no excluya a ninguno y que pueda ser amortizable en condiciones justas y accesibles.

Aun cuando se admita la posibilidad de crear mecanismos empresariales que sean accesibles para todos y funcionen en beneficio de todos, hay que reconocer que siempre hará falta una generosa y abundante gratuidad. También hará falta la intervención del Estado para proteger ciertos bienes colectivos y asegurar la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales. Mi predecesor san Juan Pablo II afirmaba que ignorar esto lleva a «una “idolatría” del mercado» (Carta enc. *Centesimus annus*, 40).

Hay un segundo riesgo que debe ser asumido por los empresarios. El riesgo de la honestidad. La corrupción es la peor plaga social. Es la mentira de buscar el provecho personal o del propio grupo bajo las apariencias de un servicio a la sociedad. Es la destrucción del tejido social bajo las apariencias del cumplimiento de la ley. Es la ley de la selva disfrazada de aparente racionalidad social. Es el engaño y la explotación de los más débiles o menos informados. Es el más craso egoísmo, oculto detrás de una aparente generosidad. La corrupción está generada por la adoración del dinero y vuelve al corrupto, prisionero de esa misma adoración. La corrupción es un fraude a la democracia, y abre las puertas a otros males terribles como la droga, la prostitución y la trata de personas, la esclavitud, el comercio de órganos, el tráfico de armas, etc. La corrupción es hacerse seguidor del diablo, padre de la mentira.

Sin embargo, la corrupción «no es un vicio exclusivo de la política. Hay corrupción en la política, hay corrupción en las empresas, hay corrupción en los medios de comunicación, hay corrupción en las Iglesias y también hay corrupción en las organizaciones sociales y los movimientos populares» (*Discurso a los participantes en el encuentro mundial de movimientos populares*, 5 noviembre 2016).

Una de las condiciones necesarias para el progreso social es la ausencia de corrupción. Puede suceder que los empresarios se vean tentados a ceder a los intentos de chantaje o de extorsión, justificándose con el pensamiento de salvar la empresa y su comunidad de trabajadores, o pensando que así harán crecer la empresa y que un día podrán librarse de esa plaga. Además, puede ocurrir que caigan en la tentación de pensar que se trata de algo que todos hacen, y que pequeños actos de corrupción destinados a obtener pequeñas ventajas no tienen mayor importancia. Cualquier intento de corrupción, activa o pasiva, es ya comenzar a adorar al dios dinero.

El tercer riesgo es el de la fraternidad. Recordábamos cómo san Juan Pablo II nos enseñaba que «por encima de la lógica de los intercambios [...] existe “algo que es debido al hombre porque es hombre”, en virtud de su eminente dignidad» (Carta enc. *Centesimus annus*, 34). También Benedicto XVI insistió sobre la importancia de la *gratuidad*, como elemento imprescindible de la vida social y económica, decía: «la caridad en la verdad pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don, [...] el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. [...] El desarrollo económico, social y político necesita [...] dar espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad» (Carta enc. *Caritas in veritate*, 34).

La actividad empresarial tiene que incluir siempre el elemento de gratuidad. Las relaciones de justicia entre dirigentes y trabajadores deben ser respetadas y exigidas por todas las partes; pero, al mismo tiempo, la empresa es una comunidad de trabajo en la que todos merecen un respeto y un aprecio fraternal por parte de los superiores, colegas y subordinados. El respeto del otro como hermano debe extenderse también a la comunidad local en la que se ubica físicamente la empresa y, en cierto modo, todas las relaciones jurídicas y económicas de la empresa deben estar moderadas, envueltas en un ambiente de respeto y fraternidad. No faltan ejemplos de acciones solidarias en favor de los más necesitados realizadas por el personal de las empresas, clínicas, universidades u otras comunidades de trabajo o de estudio. Esto debería ser un modo habitual de actuar, fruto de profundas convicciones por parte de todos, evitando que se convierta en una actividad ocasional para calmar la conciencia o, peor aún, en un medio para obtener un rédito publicitario.

Sobre la fraternidad, no puedo dejar de compartir con ustedes el tema de las emigraciones y de los refugiados, que oprime nuestros corazones. Hoy, las emigraciones y los desplazamientos de una multitud de personas en busca de protección se han convertido en un dramático problema humano. La Santa Sede y las Iglesias locales están haciendo esfuerzos extraordinarios para afrontar eficazmente las causas de esta situación, buscando la pacificación de las regiones y países en guerra y promoviendo el espíritu de acogida; pero no siempre se consigue todo lo que se desea. Les pido ayuda también a ustedes. Por una parte, traten de convencer a los gobiernos para que renuncien a cualquier tipo de actividad bélica. Como se dice en los ambientes de negocios: un «mal» acuerdo es siempre mejor que una «buena» pelea. Colaboren en crear fuentes de trabajo digno, estables y abundantes, tanto en los lugares de origen como en los de llegada y, en estos, tanto para la población local como para los inmigrantes. Hay que hacer que la inmigración siga siendo un factor importante de desarrollo.

La mayoría de los que estamos aquí pertenecemos a familias de emigrantes. Nuestros abuelos o padres llegaron de Italia, España, Portugal, Líbano u otros países a América del Sur y del Norte, casi siempre en condiciones de pobreza extrema. Pudieron sacar adelante una familia, progresar y hasta convertirse en empresarios porque encontraron sociedades acogedoras, a veces tan pobres como ellos, pero dispuestas a compartir lo poco que tenían. Mantengan y transmitan este espíritu que tiene raíz cristiana, manifestando también aquí el genio empresarial.

UNIAPAC y ACDE evocan en mí el recuerdo del empresario argentino Enrique Shaw, uno de sus fundadores, cuya causa de beatificación pude promover cuando era Arzobispo de Buenos Aires. Les recomiendo que sigan su ejemplo y, para los católicos, acudan a su intercesión para ser buenos empresarios.

El Evangelio de hace dos domingos nos proponía la vocación de Zaqueo (cf. *Lc* 19,1-10), aquel rico, jefe de los cobradores de impuestos de Jericó, que se subió a un árbol para poder ver a Jesús, y a quien la mirada del Señor lo llevó a una profunda conversión. Ojalá que esta Conferencia sea como el sicómoro de Jericó, un árbol al que se puedan subir todos, para que, a través de la discusión científica de los aspectos de la actividad empresarial, encuentren la mirada de Jesús, y de aquí resulten orientaciones eficaces para hacer que la actividad de todas sus empresas promueva siempre y eficazmente el bien común.

Les agradezco esta visita al sucesor de San Pedro; y les pido que lleven mi bendición a todos sus empleados, obreros y colaboradores y a sus familias. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Muchas gracias.

SANTA MISA DE CLAUSURA DEL JUBILEO **DE LA MISERICORDIA**

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

Plaza de San Pedro

Domingo 20 de noviembre de 2016

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo corona el año litúrgico y este Año santo de la misericordia. El Evangelio presenta la realeza de Jesús al culmen de su obra de salvación, y lo hace de una manera sorprendente. «El Mesías de Dios, el Elegido, el Rey» (Lc 23,35.37) se presenta sin poder y sin gloria: está en la cruz, donde parece más un vencido que un vencedor. Su realeza es paradójica: su trono es la cruz; su corona es de espinas; no tiene cetro, pero le ponen una caña en la mano; no viste suntuosamente, pero es privado de la túnica; no tiene anillos deslumbrantes en los dedos, sino sus manos están traspasadas por los clavos; no posee un tesoro, pero es vendido por treinta monedas.

Verdaderamente el reino de Jesús no es de este mundo (cf. Jn 18,36); pero justamente es aquí —nos dice el Apóstol Pablo en la segunda lectura—, donde encontramos la redención y el perdón (cf. Col 1,13-14). Porque la grandeza de su reino no es el poder según el mundo, sino el amor de Dios, un amor capaz de alcanzar y restaurar todas las cosas. Por este amor, Cristo se abajó hasta nosotros, vivió nuestra miseria humana, probó nuestra condición más ínfima: la injusticia, la traición, el abandono; experimentó la muerte, el sepulcro, los infiernos. De esta forma nuestro Rey fue incluso hasta los confines del Universo para abrazar y salvar a todo viviente. No nos ha condenado, ni siquiera conquistado, nunca ha violado nuestra libertad, sino que se ha abierto paso por medio del amor humilde que todo excusa, todo espera, todo soporta (cf. 1 Co 13,7). Sólo este amor ha vencido y sigue venciendo a nuestros grandes adversarios: el pecado, la muerte y el miedo.

Hoy queridos hermanos y hermanas, proclamamos esta singular victoria, con la que Jesús se ha hecho el Rey de los siglos, el Señor de la historia: con la sola omnipotencia del amor, que es la naturaleza de Dios, su misma vida, y que no pasará nunca (cf. 1 Co 13,8). Compartimos con alegría la belleza de tener a Jesús como nuestro rey; su señorío de amor transforma el pecado en gracia, la muerte en resurrección, el miedo en confianza.

Pero sería poco creer que Jesús es Rey del universo y centro de la historia, sin que se convierta en el Señor de nuestra vida: todo es vano si no lo acogemos personalmente y si no lo acogemos incluso en su modo de reinar.

En esto nos ayudan los personajes que el Evangelio de hoy presenta. Además de Jesús, aparecen tres figuras: el pueblo que mira, el grupo que se encuentra cerca de la cruz y un malhechor crucificado junto a Jesús.

En primer lugar, el pueblo: el Evangelio dice que «estaba mirando» (Lc 23,35): ninguno dice una palabra, ninguno se acerca. El pueblo esta lejos, observando qué

sucede. Es el mismo pueblo que por sus propias necesidades se agolpaba entorno a Jesús, y ahora mantiene su distancia. Frente a las circunstancias de la vida o ante nuestras expectativas no cumplidas, también podemos tener la tentación de tomar distancia de la realeza de Jesús, de no aceptar totalmente el escándalo de su amor humilde, que inquieta nuestro «yo», que incomoda. Se prefiere permanecer en la ventana, estar a distancia, más bien que acercarse y hacerse próximo. Pero el pueblo santo, que tiene a Jesús como Rey, está llamado a seguir su camino de amor concreto; a preguntarse cada uno todos los días: «¿Qué me pide el amor? ¿A dónde me conduce? ¿Qué respuesta doy a Jesús con mi vida?».

Hay un segundo grupo, que incluye diversos personajes: los jefes del pueblo, los soldados y un malhechor. Todos ellos se burlaban de Jesús. Le dirigen la misma provocación: «Sálvate a ti mismo» (cf. Lc 23,35.37.39). Es una tentación peor que la del pueblo. Aquí tientan a Jesús, como lo hizo el diablo al comienzo del Evangelio (cf. Lc 4,1-13), para que renuncie a reinar a la manera de Dios, pero que lo haga según la lógica del mundo: baje de la cruz y derrote a los enemigos. Si es Dios, que demuestre poder y superioridad. Esta tentación es un ataque directo al amor: «Sálvate a ti mismo» (vv. 37. 39); no a los otros, sino a ti mismo. Prevalga el yo con su fuerza, con su gloria, con su éxito. Es la tentación más terrible, la primera y la última del Evangelio. Pero ante este ataque al propio modo de ser, Jesús no habla, no reacciona. No se defiende, no trata de convencer, no hace una apología de su realeza. Más bien sigue amando, perdona, vive el momento de la prueba según la voluntad del Padre, consciente de que el amor dará su fruto.

Para acoger la realeza de Jesús, estamos llamados a luchar contra esta tentación, a fijar la mirada en el Crucificado, para ser cada vez más fieles. Cuántas veces en cambio, incluso entre nosotros, se buscan las seguridades gratificantes que ofrece el mundo. Cuántas veces hemos sido tentados a bajar de la cruz. La fuerza de atracción del poder y del éxito se presenta como un camino fácil y rápido para difundir el Evangelio, olvidando rápidamente el reino de Dios como obra. Este Año de la misericordia nos ha invitado a redescubrir el centro, a volver a lo esencial. Este tiempo de misericordia nos llama a mirar al verdadero rostro de nuestro Rey, el que resplandece en la Pascua, y a redescubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es acogedora, libre, fiel, pobre en los medios y rica en el amor, misionera. La misericordia, al llevarnos al corazón del Evangelio, nos exhorta también a que renunciemos a los hábitos y costumbres que pueden obstaculizar el servicio al reino de Dios; a que nos dirijamos sólo a la perenne y humilde realeza de Jesús, no adecuándonos a las realezas precarias y poderes cambiantes de cada época.

En el Evangelio aparece otro personaje, más cercano a Jesús, el malhechor que le ruega diciendo: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (v. 42). Esta persona, mirando simplemente a Jesús, creyó en su reino. Y no se encerró en sí mismo, sino que con sus errores, sus pecados y sus dificultades se dirigió a Jesús. Pidió ser recordado y experimentó la misericordia de Dios: «hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43). Dios, a penas le damos la oportunidad, se acuerda de nosotros. Él está dispuesto a borrar por completo y para siempre el pecado, porque su memoria, no como la nuestra, olvida el mal realizado y no lleva cuenta de las ofensas sufridas. Dios no tiene memoria del pecado, sino de nosotros, de cada uno de nosotros, sus hijos amados. Y cree que es siempre posible volver a comenzar, levantarse de nuevo.

Pidamos también nosotros el don de esta memoria abierta y viva. Pidamos la gracia de no cerrar nunca la puerta de la reconciliación y del perdón, sino de saber ir

más allá del mal y de las divergencias, abriendo cualquier posible vía de esperanza. **Como Dios cree en nosotros, infinitamente más allá de nuestros méritos, también nosotros estamos llamados a infundir esperanza y a dar oportunidad a los demás.** Porque, aunque se cierra la Puerta santa, permanece siempre abierta de par en par para nosotros la verdadera puerta de la misericordia, que es el Corazón de Cristo. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza.

Muchos peregrinos han cruzado la Puerta santa y lejos del ruido de las noticias has gustado la gran bondad del Señor.

Damos gracias por esto y recordamos que hemos sido investidos de misericordia para revestirnos de sentimientos de misericordia, para ser también instrumentos de misericordia.

Continuemos nuestro camino juntos. Nos acompaña la Virgen María, también ella estaba junto a la cruz, allí ella nos ha dado a luz como tierna Madre de la Iglesia que desea acoger a todos bajo su manto. Ella, junto a la cruz, vio al buen ladrón recibir el perdón y acogió al discípulo de Jesús como hijo suyo. **Es la Madre de misericordia,** a la que encomendamos: todas nuestras situaciones, todas nuestras súplicas, dirigidas a sus ojos misericordiosos, que no quedarán sin respuesta.